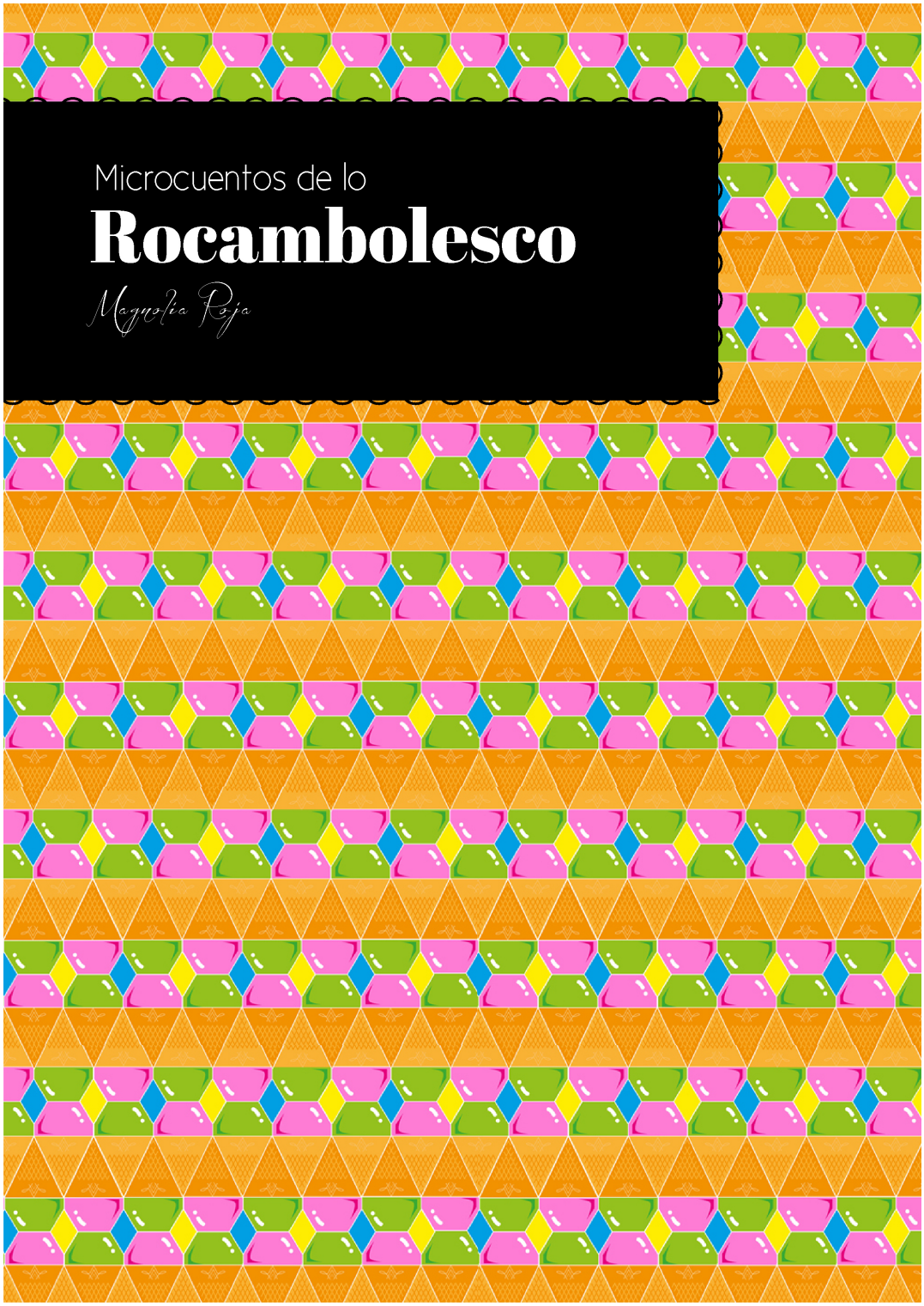
Microcuentos de lo Rocambolesco

Catharsis



Capítulo 1

En algún lugar de Rocambolesco... *Se perdieron.*

Era un mundo de sabor a chicle, laberíntico, estrafalario. Allí, ambos vivían libres sin saldar cuentas con nadie más que con sus propios estómagos. El día a día era como una continuación perpetua de la impresión que Hansel y Gretel se llevaron al descubrir aquella casita de caramelos. El sentimiento imperante; la Gula.

Pero tras aquellas nubes rosas de algodón dulce que conformaban el cielo se respiraba un indigesto malestar. Un vacío, una eterna soledad. ¿Cómo habían llegado a aquel ambiguo mundo? ¿Qué fue de los recuerdos de sus respectivos pasados antes de aparecer allí? Chilly y Vladi lo ignoraban. Eran amos y señores de todos los cultivos de regaliz que se extendían bajo sus pies, de todos los ríos de chocolate que habían visitado, de todas las flores de almendras garrapiñadas que habían sido pisadas tras las huellas de sus pasos… Estaban solos en un mundo hueco y agobiantemente decorado.

El implacable negro que conformaba la realidad de sus corazones se disipaba cada vez más frente al exaltado color del entorno. Ambos, niña y tigre, tigre y niña, caían rápidamente en el olvido entregándose al enigmático azúcar y dejándose poco a poco adoptar por la locura. Ya no

importa lo que pase, el uno será la familia del otro, ambos se unirán en la dicha y en la desgracia de la amnesia… quién sabe si para siempre.

Capítulo 2

En algún lugar de Rocambolesco... *No lo querían porque comía niños.*

El pueblo de ositos-gominola pagaba una gran suma de azúcar glas por su cabeza, y la ciudad Rosquilla había impuesto ya un estricto toque de queda. Pero él solo comía para sobrevivir del mismo modo que ellos cazaban a los pájaros-mantequilla o ponían trampas para capturar a los huevodrejas. En algún momento se decidió que lo que ellos hacían estaba bien, y que lo que él hacía era barbarie. No entendía la diferencia.

El demonio amarillo que vivía al otro lado del río estaba condenado a morir de hambre y soledad, pues siempre que alguien lo veía huía de él, se hacía el muerto o intentaba matarlo. Pero un día la conoció. Se había perdido cerca de su ciénaga, y sus magnifica cornamenta rosa centelleaba bajo la luz del sol. La acogió, le ofreció hogar, alimento, cariño y compañía. Se enamoró y a la vez quedó curado de su condición para recaer en la enfermedad del corazón.

Aquella vez, mientras sobreactuaba su fingido amor lo engañó. El demonio rosa puso unas gotas de veneno picoso en su trozo de pastel que lo mató de súbito. ¿Cuán mortífero y lastimero puede ser el querer del corazón que cuando no se tiene se quiere y cuando se tiene se repele? ¿Cuan contentos iban a quedarse aquellos asesinos? Ella blandió el arma, ejecutó el acto, pero los que pagaron por ello no eran menos culpables ni más santos.

El falso demonio rosa, tras una semana de actuación, se quitó al fin los cuernos postizos y se enjuagó aquel rosado tinte del cuerpo. Era una mujer humana; las mejores víboras lo son. Ellos lo sabían, pues disfrutaban ya de fama.

Transportó la cabeza y la gloriosa heroína recibió fiesta, honor y pago. Todos pudieron al fin vivir felices y comer hojaldrices.